

ERMILO ABREU GOMEZ

Nació en Mérida, Yucatán, el 18 de septiembre de 1894. Murió el 14 de julio de 1971 en la ciudad de México.

Escritor fino y sensible, catedrático, periodista honesto y agudo. A través de infatigable labor, nos ha dejado una de las obras literarias más valiosas y amplias del México moderno.

Algunos de sus títulos son: *El corcovado; Un amor de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* (1923); *La vida del venerable siervo de Dios, Gregorio López* (1925); *Pasos de comedia* (1926); *Humanidades, farsa de tiempos idos, escrita en prosa* (s.a); *Romance de reyes, farsa* (1926); *Antología de prosistas modernos de México*, en unión de Carlos G. Villenave (1925); *Guía de amantes* (1933 y 1943); *Sor Juana Inés de la Cruz. Bibliografía y biblioteca* (1934); *Iconografía de Sor Juana Inés de la Cruz* (1934); *La ruta de Sor Juana* (1938); *Edición crítica de las poetas de Sor Juana Inés de la Cruz; Clásicos, románticos y modernos* (1934); *Semblanza de Sor Juana* (1938); *Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, bibliografía crítica* (1939); *Literatura española, tablas históricas* (1937); *Canek, una de sus obras más gustadas* (1940); *Héroes mayas, Zamná, Cocón, Canek* (1942); *Doña Estrella y sus luceros* (1944); *Lecciones de literatura española* (1944); *Literatura castellana del siglo XI al siglo XX* (1946); *Pescadores* (1944); *Sala de retratos; intelectuales y artistas de mi época* (1946); *Tres nuevos cuentos de Juan Pirulero* (1944); *Escritores de Costa Rica: Jorge García Monge, Roberto Brenes Mesén, Carmen Lira* (1950); *Naufragio de Indios* (1951); *Bueno y barato; qué es una cooperativa de consumo* (1951); *Crédito agrícola; la historia de dos campesinos* (1951); *Memorias, 1954-65; Cuentos para contar junto al fuego* (1959); *Las leyendas del Popol Vuh* (1951); *Un juego de escarnio* (1963); *Discurso del estilo...* pronunciado al ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua (1963); *Leyendas y consejos del antiguo Yucatán* (1961); *San Francisco de Asís; escenas poéticas de su vida* (1964); *Bellas, claras y sencillas páginas de la literatura castellana, España e Hispanoamérica* (1965); *Don Quijote genio y figura* (1966); y otros más como *La Commedia dell'Arte; Ensayo sobre la estética de Anatole France; El teatro regional de Yucatán* y numerosos artículos literarios en revistas especializadas y en acreditados diarios. Fue en 1917 uno de los fundadores y creadores del teatro regional en Mérida.

Fuente: Ermilo Abreu Gómez. *Justo Sierra, educación e historia*. Selección, prólogo y notas de... Washington, Unión Panamericana, 1954. 107 p. (Escritores de América), p. 9-23.

JUSTO SIERRA

Don Justo Sierra nació en la ciudad de Campeche el 26 de enero de 1848. Fue uno de los hijos del historiador y novelista don Justo Sierra O'Reilly y de doña Concepción Méndez Echazarreta. Por lo que se sabe, la rama de los O'Reilly data de la época colonial. La madre era hija de don Santiago Méndez, político de aquella región. Teníasele por entendido en varias materias intelectuales.

En aquel entonces la ciudad de Campeche pertenecía al Departamento de Yucatán. Su arquitectura tiene importancia espiritual para comprender el alma de don Justo. Campeche era una ciudad quieta, cercada de murallas que la defendieron un día, no siempre con buen éxito, de las asechanzas de los piratas. Recordando aquellos días Sierra O'Reilly escribió novelas de tipo histórico. De aquellas murallas quedan tramos y ruinas. So pretexto de urbanización se truncó una reliquia histórica. La civilización, a veces, es enemiga de la poesía. La ciudad, con sus barrios, se extiende a la orilla del mar; de un mar bajo, tranquilo y lúcido, tal como lo describieron los navegantes del siglo xvi. Por sus arenas discurrió, travieso y melancólico, el futuro escritor. En Campeche, es fama, la vida camina despacio pero no ociosa. De su calma han sacado, sus mejores hijos, obras fecundas para el estudio, la meditación y también para la rebeldía. En horas aciagas han sabido defender los fueros de su libertad. Las páginas de su historia son fecundas. Su espíritu, tal vez acicateado por la herencia del peligro que ofreció la amenaza de aquellas épocas, los hizo templados, resueltos y marinos. Los barcos que construían sus astilleros andaban por muchos mares. Para ellos, la verdad, tampoco se ponía el sol. Fueron sus hombres una especie de cartagineses cristianos. En su espíritu alerta e inconforme fue formada el alma de don Justo Sierra. Ahí vio aquel suave color verde que, por firme, no quiso irse nunca de sus ojos.

Sus estudios primarios los hizo en su ciudad natal, nada escasa en planteles educativos. Vaivenes políticos obligaron a su familia a trasladarse a Mérida, población vecina que iba ensanchándose más allá de sus antiguas puertas coloniales —la del Puente, la de Dragones y la de San Juan— y cobraba prestigio por sus letrados y academias. En Mérida continuó don Justo su aprendizaje. Asistió al ya célebre Seminario Conciliar donde había estudiado, entre otros hombres de re-

lieve, don Lorenzo de Zavala. Muerto su padre, se trasladó a México en 1861. El viaje debió de hacerlo en alguna de aquellas fragatas españolas que frecuentaban en cabotaje, puertos del Golfo, después de tocar lugares de las Antillas. En la capital ingresó, primero, en el Liceo Franco-Mexicano; luego en el Colegio de San Ildefonso y más tarde en la Escuela de Jurisprudencia. Concluida su práctica se recibió de abogado en 1871. Tenía apenas 23 años. Dominaba ya la República; pero entraba en crisis la Reforma. Aún vivía Juárez.

Ejerció escasamente la profesión de abogado. El mundo litigioso, en aquella época en que la tensión política era excesiva, tenía que serle desagradable. Tal mundo, además, no estaba hecho para él. Otro era su temperamento y otras sus preferencias. Su vocación por el estudio de las letras debió de serle apremiante. El ejemplo vivo de su padre no fue, sin duda, pequeño estímulo. Auxiliado por parientes que radicaban en la capital fue infiltrándose en el mundo intelectual y político de la República. Los cargos que ocupó muestran su ascenso. Fue así diputado al Congreso de la Unión, magistrado de la Suprema Corte de Justicia, encargado del ramo de Educación en la Secretaría de Justicia e Instrucción y, de 1905 a 1911, titular de la Secretaría de Educación y Bellas Artes. Al caer el gobierno de Porfirio Díaz, el de Francisco Madero lo nombró Embajador de México en España. Murió en Madrid el 13 de septiembre de 1912.

Don Justo viajó poco. No tuvo ocasión para ello. La vida de México lo ató al suelo patrio casi todo el tiempo. En 1901 fue a España, para asistir como delegado al Congreso Económico Hispanoamericano. Hizo un breve viaje a los Estados Unidos y con sus observaciones publicó un libro. A su provincia regresó en 1906. En esta ocasión descubrió la estatua levantada a su padre, el doctor Sierra O'Reilly.

Durante su segundo viaje a España visitó Francia; y, desde Lourdes, escribió una carta familiar que revela el estado de su espíritu: fatigado pero no vencido; inquieto pero no desorientado. En esta carta aparece una vez más el hombre firme de corazón. Su fe y su pensamiento, sin atropellarse —milagro de los grandes— caminaban juntos, conversando.

Don Justo se forma en una época de crisis social. En 1861 entra Juárez en México; Miramón se declara presidente; varios liberales son asesinados, y el pago de las deudas extranjeras se suspende por la penuria del erario nacional. Basándose en este hecho se plantea la intervención europea: Francia.

Inglaterra y España. Thiers y Faure condenan la actitud de Napoleón. Triunfa Zaragoza en Puebla. Una fragata trae a Maximiliano y otra se lo lleva muerto. Sierra presencia y aun comparte este tiempo de violencias y asperezas. Bajo sus pies el suelo de la patria se sacude. El cielo está turbio. Atraviesa una atmósfera donde se mezclan tinieblas y claridades, principios y pasiones. Los hombres de la Reforma, de la Intervención y del Imperio chocan sus armas y sus voces. Estas resueñan airadas en la academia, en la cátedra y en la tribuna. El liberalismo y el espíritu conservador dan las últimas peleas; la historia nos evidencia que no eran las últimas ni las menos enconadas. Pero, al triunfo de la República, el cansancio, el agotamiento del pueblo eran evidentes. Muchas ideas de la Reforma encontraban dificultades para ser aplicadas. No pocas quedaban en receso. La escolástica y el positivismo organizan un diálogo que en ocasiones degenera en disputa. Un examen de esta contienda de actitudes, a veces sólo de palabras, puede leerse en la obra de Leopoldo Zea. Don Justo recibió la impresión y el estímulo de estas luchas. Con ellas formó y conformó su carácter y sus disciplinas. De ellas salió, alquitarado, su juicio de concordia, nunca de contubernio. Oyó, es verdad, la voz demoledora de Ignacio Ramírez (legítima, necesaria, en su época de combate), pero prefirió la voz serena (requerida también por su época) de Ignacio Altamirano. Vio en ella la única vía fecunda para realizar su obra. Altamirano sabía que no era posible luchar más sobre un cuerpo cubierto de llagas. No era tampoco la hora para descubrir culpables. Era más urgente salvar a las víctimas que yacían postradas en tierra. Dolía la carne del pueblo. De allí la fuerza de su llamamiento a la concordia, a la recreación de la patria por el trabajo. Había que aplazar la definición, aunque no la aplicación de los principios liberales. Con estas enseñanzas, que llegaron a ser convicciones, empieza Sierra su tarea. De este modo fue el continuador del Maestro. Con plena conciencia de que cumplía con su deber, se afanó por completar su obra. Su deber era legítimo no sólo por la justeza de sus teorías sino, sobre todo, por la calidad de su instinto humano. Pocas veces intervino en la inacabable discusión que sostenían positivistas, liberales y conservadores.

Al lado de lo político, con propiedad, al lado de lo sociológico, tenía que hacer mella en don Justo —temperamento poético en lo más íntimo— lo literario. Fue Víctor Hugo la voz que más se acercó a su espíritu. Eran las suyas dos elo-

cuencias humanas que se encontraban. Hay en esto más coincidencia que influencia. A los dos les gustaba el gesto, el ademán, como arma de combate. A Víctor Hugo le encantaba contemplar las montañas y medir su inmensidad. Le sobraba aliento para ello. A veces equivocaba el tamaño. No importa: el tamaño estaba en el poeta. A Sierra le agradaba arengar a los elementos desatados. De la luz de los rayos desprendía otra no menos intensa: la de su ingenio. Eran iguales los dos poetas en la actitud heroica frente a la vida. Eran espíritus gemelos. Al encontrarse, se hubieran tratado como viejos amigos. Los dos tenían madurez abuela. A los dos los hería por igual la injusticia. Por esto abrigaban igual concepto del pequeño Napoleón. A los dos los había lastimado en lo más íntimo: en el amor a la patria. De sus manos, por lo mansas, bajaba abundante misericordia. En ocasiones, de ellas caían rosas.

Otros dos románticos influyeron en Sierra: Alfredo de Musset y Gustavo Adolfo Bécquer. Su obra lírica guarda, casi transparente, el temblor de aquellas voces. Sierra, por otra parte, como crítico, insistió en que las mejores voces poéticas de su tiempo eran subjetivas y románticas por naturaleza. Estaba convencido de que el estro mexicano, por apasionado, se vincula a lo romántico como esencia propia. Tal vez ni aún hoy mismo pueda contradecirse esta observación. No es hora de discutir por qué razones el romanticismo americano se prolonga más allá de su tiempo europeo, desarticulando otras aportaciones: la del naturalismo y aún las del propio modernismo. Acaso esta anomalía se debe a nuestra falta de coherencia étnica que provoca disímiles informaciones. Los esfuerzos objetivos de Manuel José Othón y de Salvador Díaz Mirón le parecieron a Sierra excepciones en nuestras letras.

En don Justo se ve la ternura ensombrecida y también, aunque con menos relieve, la mueca irónica de Alfredo de Musset.

Gustavo Adolfo Bécquer le puso en el camino de la evocación legendaria. Es posible que haya influido más en él el prosista que el poeta. De su brazo y sin extraviarse atraviesa la bruma del pasado. Sus cuentos románticos no tienen otro origen. La queja y el paisaje, más intrincado que real, proceden del autor de las *Rimas*. Sierra puso sobre lo dramático de Bécquer una muy suya timidez criolla.

También influyeron en él, aunque de manera menos visible,

los poetas modernos de Francia. Con ellos conoció los secretos de una forma poética castigada. Con su ejemplo se adiestró en el ejercicio de un estilo parco y ceñido. De este modo entrevió el difícil arte de la forma literaria.

De entrar más en lo estrictamente literario, don Justo hubiera recibido mayor influencia de D'Annunzio. Había en este escritor una plástica resonancia de imágenes y de palabras que era afín a la de nuestro escritor. Los dos poetas, de ser arquitectos, se hubieran empeñado en la construcción de catedrales. Tenían cantera y perspectiva para esta empresa. Les sobraba espacio. D'Annunzio, sin embargo, hubiera dado preferencia al decoro del altar; Sierra, al ornato de la cátedra.

No fue extraño en él el ejemplo de Nietzsche. Nietzsche le ofrecía la alucinación de un rebelde y la claridad de un latino. Percibió la firmeza de su credo y la fuerza de su prédica. No le podía ser indiferente el filósofo que soñaba, desde Génova, trasladarse al Valle de Oaxaca y señalaba a México como uno de los países donde podría refugiarse la cultura europea.

Pero mayor influencia tuvieron en él —en el más amplio sentido de la palabra, por acatamiento y repulsa— las corrientes teóricas del pensamiento de su época. Por ejemplo, las del positivismo. Comte y sus doctrinas captaron su atención. Sierra las analizó y, con su criterio, trató de aplicarlas. Escuchó y discutió la acción de los mejores discípulos del filósofo: Gabino Barreda, Porfirio Parra y Manuel Flores. Sobre estas bases extrañas y al mismo tiempo propias, pero siempre digeridas, se percibe la labor de Sierra como maestro.

Ernesto Renan ejerce en él más libre influencia. En Renan encuentra una nueva concepción de lo histórico y aun el signo unificador de lo moral. Aceptó así la ley de la evolución y llegó a entender la validez de eso que se llama la conservación de la energía, que es como el puntal para conocer la perpetuidad de los seres. Es claro que tras Renan se adivina la presencia de Platón. De este filósofo nace la fuente de su tolerancia, el hálito de su escepticismo. Sierra obedeció estos impulsos y con ellos si no fue más elegante, fue siempre igualmente digno. Platón parece que duda antes de pensar, de ahí su amargura. Sierra duda después de pensar, de ahí su tristeza.

Son varios los ángulos y los hitos que permiten contemplar a don Justo, tanto para conocer la formación de su personalidad como para medir el alcance de su obra. Don Justo no

fue un hombre de soledad, sino de tertulia, de cenáculo, de academia. Como se dice hoy, era un extravertido. Necesitaba —buena tradición helénica— la compañía de sus amigos, de sus discípulos. Don Justo sólo supo vivir en comunión humana. Don Justo no vivió, convivió, siempre; se daba, se entregaba, se diluía en los demás, sin perderse.

Aún era estudiante cuando Ignacio Manuel Altamirano lo llevó a la casa de don Manuel Payno. El mismo don Justo refiere cómo fueron sus primeros encuentros. Sus juicios acerca de los hombres no dejan de tener cierta gravedad entretejida de burla. Don Justo se sintió alto desde los primeros momentos. Guillermo Prieto —refiere— me llamó hijo; Ignacio Ramírez me dio un consejo; Anselmo de la Portilla me comunicó su fuerza por el ideal. En diversas circunstancias trató —entre otros muchos próceres de su medio— a Alfredo Chavero, a García Cubas, a Vicente Riva Palacio, a Manuel Acuña y a Luis G. Urbina, de quien fue siempre paternal amigo.

Andando el tiempo tropezó con Joaquín Arcadio Pagaza. Se sintió obligado a escribirle una epístola lírica. Pagaza replicó más tarde. Años después, este trabajo fue comentado, con más largueza que precisión, por Ezequiel Chávez.

La posición literaria de estos hombres correspondía, es claro, no a dos épocas, sino a dos actitudes. El Obispo tenía un sentido clásico de la poesía y como tal su expresión era estática en fuerza de querer buscar lo eterno más en el espacio que en el tiempo; Sierra tenía un sentido barroco de la poesía y así su expresión era dinámica en fuerza de querer buscar lo infinito más en el tiempo que en el espacio. Eran dos posturas frente a la vida y dos visiones de los posibles destinos humanos. Ni proponiéndoselo se hubieran entendido. Las gentes se ponen de acuerdo en lo que piensan, nunca en lo que sueñan.

Frente a los impulsos más recios de su época: Ramírez y Altamirano, no dudó ni un momento. En Ramírez aprendió a sublevarse, en Altamirano a conciliar. En Altamirano adiestra y pule su mejor arma: la tolerancia, que no quiere decir complacencia con el error ni retroceso en la doctrina. En él encuentra las bases del liberalismo. Así maduraba y crecía don Justo. Era ya, en lo físico también, un hombre robusto y artístico. Su cabeza, de sobrias líneas. Sus cabellos, escasos y blanquecinos, al lado de las sienas. Su rostro tornábase olímpico y su frente crecía en amplitud. Sus ojos fulguraban

entre las sombras y bajo el ceño de las cejas. La nariz tenía algo de socrática. Los labios finos y desdeñosos. Así lo vio Urbina. Ya su cabeza no recordaba ni la de Dumas ni la de Byron.

Cuando más tarde, en 1900, lo vi por única vez, su figura había adquirido las características que se han hecho clásicas en el recuerdo de todos. Sus cabellos eran ya completamente blancos; su ademán solemne y parco solía crisparse; en su voz —gran voz de apóstol— había un como quebranto hondo, como si quisiera sobrepasar la cumbre altísima de las lágrimas. El sabía que esta empresa era para sus alas.

No creo que sea ocasional la obsesión de la muerte que perseguía a don Justo. Diversos hechos trágicos sacudieron su vida. La muerte de su padre (que padeció larga y dolorosa enfermedad) dispuso su traslado a México. La muerte violenta de su hermano Santiago le sumió en desasosiego. Hasta en lo íntimo sufrió con la muerte de Manuel Acuña, de Gabino Barreda, de Manuel Gutiérrez Nájera y de Ignacio M. Altamirano. La muerte para él no fue sólo serenidad. No era suficientemente pagano para recibirla en paz; era también hombre de su tiempo, por esto la muerte se traducía en angustia. Sabía que la muerte era un castigo fatal y contra este castigo se sublevaba. Amaba a los que caían, los amaba y los exaltaba. Con su propia sangre hubiera querido levantarlos: necesitaba, cuando menos, empujar sus sombras. Las empujó con el aliento de su devoción. Con su palabra pretendió hacer que la obra interrumpida de los muertos se prolongara en el futuro y cumpliera sus designios. Don Justo quería que los muertos grandes prevalecieran en la conciencia de la humanidad. En cada ocasión encuentra pretexto y razones para revelar la calidad del hombre y la proyección de su obra. Llevado acaso por esta obsesión de la muerte, creó, en 1880, la *Rotonda de los Hombres Ilustres de México*. En ella más tarde, en hora de consagración, habría de descansar en paz.

Diversas, casi múltiples, son las ramas intelectuales, que abarcó durante su carrera intelectual don Justo Sierra. En todas está la huella de su ser, aunque no en todas dejó la maestría debida. El hombre ni es absoluto ni es perfecto; casi no debe ser ni lo uno ni lo otro. La historia, la pedagogía, la crítica, la poesía y el relato le tentaron por igual. Es claro que su pluma tuvo disposiciones y preferencias. Es posible que la vida misma le indujo también hacia esta o aquella disciplina. No todos los caminos los hacemos nosotros. A veces la vida

determina senderos imprevistos. Una ruta depende, como en el caso de Colón, del vuelo de las aves. Nos movemos dentro de un todo del que formamos parte; o trabajamos en él de modo coherente o rompemos la fecundidad armoniosa de nuestra labor y aun estorbamos la ajena.

Todavía no tenemos conocimiento cabal de cada una de las formas que cultivó don Justo. Parece que a don Justo se le ha querido ver en conjunto. Acaso esta postura sea la debida. Más que sus preferencias hemos visto sus perseverancias. Falta el estudio de sus facetas, de sus modos parciales. No es posible de este modo señalar las graduaciones que alcanzó en esta o aquella disciplina. Algo han venido haciendo, a este respecto, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Agustín Yáñez, Antonio Castro Leal y José Luis Martínez. Sus trabajos son ya indispensables. Acabarán por ser clásicos.

En este caso lo perseverante fue lo histórico. Don Justo tuvo la conciencia del signo histórico. Lo sintió en su mente, como una necesidad imperiosa. Necesitó creer y ahondar en esta disciplina. Supo o intuyó que todo pueblo joven, o en momentos de crisis, exige una explicación de sus raíces para mejor cimentar las razones de su desenvolvimiento. Es éste un fenómeno psicológico de defensa étnica y, a veces, la afirmación de una clase determinada. Supo que sin historia no se arquitectura el estado social de un pueblo; y que éste empieza a ser grande cuando empieza a tener memoria de sí mismo. Los ejemplos abundan. Con este criterio trabajaron Alfonso X y Michelet, en hora propicia. Sierra contempló su momento y comprendió que para explicarlo era necesario penetrar en las condiciones de su origen. Sabe que entre el pasado y el presente existe un hilo conductor; sabe que sus raíces se entrecruzan. De este modo traza las líneas de su historia que no enturbió ni con curiosidades documentales ni con anécdotas ociosas. Para hacerla buena le bastaron las líneas básicas de los hechos. Hizo así la historia de México, no la de un partido, ni la de una secta. Refirió nuestros errores y nuestras virtudes; planteó el problema de indios y españoles, aquilató la fisonomía del criollo; sopesó el conflicto que nace de los intereses de la iglesia y el que procede de los apetitos norteamericanos y europeos en nuestro suelo. Así delineó los contornos de lo que llamaríamos nuestra personalidad: lo que somos —lo que nos dejan ser— y lo que constituye nuestro modo intransferible. Don Justo concertó nuestras razones de

vida y de cultura. No pudo ser más lógico. Y con estos conocimientos elaboró su juicio. Lo histórico fluye aun en sus trabajos de otra índole. La historia es la suma de su mejor pensamiento, y porque la lleva en su médula alcanza a expresarla con elocuencia y sabe manejarla con maestría. Así va de los catecismos y los epítomes, hasta alcanzar las más extensas obras que le han dado fama: las que dedicó a Juárez y a la evolución política de México. En estas obras trenza los hechos hasta que éstos dejan de ser disímiles y dispersos. Busca con ojos certeros la oculta trabazón que los gobierna. Y entre lo que descubre, aquí y allá, se le escapan juicios condenatorios de la tiranía que, por concretos, más parecen dirigidos a la de su época. La alusión es temeraria. Por fortuna en él no es difícil leer entre líneas. Es un arte que sabía cultivar.

Por instrucciones de Juárez, Gabino Barreda crea la Escuela Preparatoria sobre las bases del sistema positivista y enciclopédico de Comte. Sierra comprendió el alcance de la nueva escuela y propuso ampliar el campo de acción en la rama educativa. Completó y aún superó la labor de Barreda. Hizo más ancho su programa. Proyectó tareas hacia extremos que resultan base y coronamiento del ideal de Barreda. Así impulsó la primaria. Su previsión alcanzó los jardines de niños y las escuelas rurales. Luego fue hacia la Universidad y, de modo específico, hacia la Facultad de Altos Estudios. Sus proyectos los apoya en teorías pedagógicas que tiene a la vista y los acomoda a la realidad de su tiempo y de su medio. Don Justo, tan romántico, sabía ser realista; de ahí la seguridad de sus pasos. Don Justo, gigante, sabe mirar a la tierra. Para él no todo son estrellas. No se contentó con las bases constitutivas de los nuevos centros educativos; reglamentó su funcionamiento docente. Con golpe certero, considera lo que llamaríamos el elemento humano.

Después de censurar los errores básicos de la vieja Universidad, asienta que, por contraste, el nuevo maestro no puede ser un pedante que se limite a comentar teorías científicas apartándose de la realidad. La instrucción debe ser educación; debe rebasar los límites de un catálogo de materias académicas.

El maestro, o es un misionero, o no es nada. En Sierra prevalece la idea moral precisamente porque le domina un criterio social. Su moral se alimenta de convivencias de responsabilidad común. Por esto mismo nada le repugna más que los

egoísmos y las capillas. Cuando Darío dice: "Alzo el puente y me encierro en mi torre de marfil", don Justo confiesa que tal aserto le aprieta el corazón, y escribe en seguida: "Volved a la humanidad, volved al pueblo, vuestro padre, y a América, nuestra madre." Sabe también que en la labor educativa ha de prevalecer la palabra sobre la letra. La palabra revela la emoción con más puntualidad y mayor claridad y también con más celeridad que la letra. En la escritura, cuando no es un gran artista el que trabaja, el calor vital del sentimiento se enfría, languidece y, a veces, muere. La letra con sangre entra; la palabra con amor. Calcúlese lo que este principio implica y proyecta, por ejemplo, en la enseñanza. Ni Sócrates, ni Jesús escribieron; hablaron, se expresaron, valiéndose del contacto mágico de la palabra. Nietzsche conoció bien esta norma; por esto no dijo: Así escribía, sino *Así hablaba Zaratustra*. Sierra decía que el texto debía ser el propio maestro. Estaba convencido de que sólo así se puede vincular el hombre a la escuela; la escuela a la sociedad y la sociedad a la patria. Sierra no creyó en el engaño, tan común en nuestro tiempo, de confundir lo cosmopolita con lo universal; supo que la médula de los valores propios es donde se hincan los troncos universales; que de la entraña del hombre, en lo que es, en lo que sueña y hereda, es de donde proceden las más originales expresiones. No quería por esto una Atenas ciega ante el hombre, sino una Atenas vidente que impulsara una educación positiva, no limitada ni dogmática, ni por la fe ni por la razón, ni menos exclusivamente por la crítica. Y por querer una educación humana —libre— propugna por una educación laica. Así no traiciona las conquistas de la Reforma y hace válidas las doctrinas que sembraron Mora, Juárez y Ramírez. Pero sólo don Justo podía defender, con más sentido religioso, la validez de aquella escuela. Sólo un hombre de su categoría podía señalar el alcance, los límites, y los peligros infranqueables de esta escuela. Defiende lo laico no sólo por lo que es en sí, sino porque implica el único medio posible para respetar lo religioso de cada quien. Su laicismo no es ateo; parte de principios filosóficos. La religión de la patria es la religión de la escuela —es ésta su sentencia básica. Hay que meditar en sus consecuencias. Más adelante concluye: "para el hombre esta religión no basta, mas para la escuela sí", y sólo de esta función se trata. La escuela laica servirá para imprimir en el espíritu del niño el hábito de respetar la creencia

del otro. El Estado no interviene ni veda la idea de la creencia en Dios.

Bien claro entiende que la idea de Dios no se basa en razones lógicas sino en intuiciones cuyos resortes sólo conoce la fe. Pero todavía avanza más. Frente al positivismo asienta: “la sola bandera de la ciencia no es enseña de paz”. Pudo añadir: “tampoco es bandera científica”. Para completarla había que decir: no basta el ejercicio de la razón, puesto que existen otras fuerzas del espíritu igualmente válidas; es preciso emplear todas las energías que radican en el alma. En Sierra había (indica con conocimiento de causa Antonio Caso) una conjunción fecunda del signo histórico y de la intuición filosófica. En esta sentencia está el valor más alto, más trascendental del Maestro. Al lado de la historia y de lo educativo, derivándolo de estas disciplinas, pasó a la crítica literaria. Empezó por considerar el valor de la forma. La forma —parece decir— no es sólo una apariencia; es el espejo visible de eso que llamamos esencia, cuando pensamos, sentimos o adivinamos. Ninguna forma, en efecto, es válida si altera la naturaleza de su origen vital. De allí que dé tanta importancia al estudio de la ciencia literaria, al conocimiento de la expresión artística. Esta expresión, lo sabe bien, no es ni un juego ni un capricho, sino una consecuencia básica de la expresión original del hombre. Es su consecuencia lógica. Una buena expresión es centrífuga; parte de algo propio. Los que obedecen a este impulso son originales. En arte lo centrípeto casi siempre denuncia una disposición de calca o de imitación. Con obras de esta especie está empedrado el suelo de nuestra literatura. Sólo los grandes han sabido sacar lumbre de las piedras del camino —el Inca Garcilaso, José Hernández, Florencio Sánchez, Horacio Quiroga. La crítica (hoy diríamos la estilística) pronto descubre que la expresión no es sino una consecuencia de cualquiera de estas posturas externas o internas, inertes o dinámicas. No se tiene la expresión que se quiere sino la que se puede. Pocas veces la que se debe. La expresión legítima debe ser el eco de una actividad humana claramente vista. Es preciso, predica don Justo, intensificar los estudios literarios como parte de la educación del hombre. Quería así que se hiciera una perpetua selección de la sustancia popular, donde se decantan voces y sueños humanos. Al decir esto defiende, sin proponérselo, la actitud estética de los mejores: Cervantes, Shakespeare. Soñó con una literatura que

actuara dentro de las normas de Altamirano, que aprobaba lo específico nacional, no lo postizo, no lo aparente ni menos lo decorativo. Sabía que es preciso ir a lo hondo, y que lo hondo, por trascendente, es lo propio y que, por serlo, no se entrega a manos ociosas sino a las ávidas, a las que saben buscarlo en el cogollo de la tierra y del hombre, donde madura la verdad de las almas. Los poetas, concluye, deben servirse de su lira para civilizar. Un poeta moderno añadió: "Los poetas sirven para mejorar la inteligencia amorosa de los hombres." Nadie vea en esta prédica una distorsión de los valores estéticos, que muy clara es su intención crítica.

El caso del valor literario de Justo Sierra es semejante al que ofrece Antonio Machado. Machado fue del verso a la prosa con un ritmo acordado. Sierra siguió paralelo camino. Su prosa es la transformación de su verso. Es casi el mismo verso sin cesuras ni asonantes. Su prosa supo ceñirse a las disciplinas que, con el tiempo, ganaron sus preferencias. En la prosa encuentran ambos poetas el aire preciso y el horizonte necesario para respirar y para mirar sin cortapisas lo que está tras la cortina de lo insondable. En ella descubrirán su propia libertad. Hasta que Hércules no blandió la maza de su clava, no se supo fuerte. En ella palpitan mejor sus corazones, se encuentran mejor sus ojos. En ella no cuentan sus latidos, ven correr la sangre y adivinan su valentía. Alfonso Reyes dice: "su estilo ganó en fuerza y en sobriedad. Iba en pos de la cláusula de oro, esculpe sentencias." Mas por ambas expresiones viaja libre la poesía. Esta no se alteró nunca: era su alma. La prosa de Sierra (mal que pese al acento oratorio que por fortuna con el tiempo amengua y disminuye) muestra una cadencia nueva, un ritmo que se aparta del tono académico; es ya un rejuego y un regusto de lo moderno. Su estilo responde a su respiración; de ahí su grandeza. Con ser como es basta para ser bueno; es natural y propio. Lo grande se ajusta, con naturalidad, a Sierra; su estilo es pues vital. Sierra habla (hay que decirlo otra vez) más que escribe; y habla tal como piensa. Piensa a voces. Sólo así puede comprenderse su secreto estético. En éste (como en otros aspectos, por desgracia no estudiados) se hermana con otros próceres de la literatura de América. Su prosa se equipara con la prosa hablada de Sarmiento. Pedro Henríquez Ureña indicó ya el valor lingüístico de tal forma. (Sierra habla para ser más escuchado que oído; Castelar, a quien admiraba, hablaba para ser más oído que

escuchado.) Sus técnicas las separaba no sólo el océano, también la sangre.

Sierra reitera sus ideas y sus conceptos en gradaciones que van de lo simple a lo compuesto, de lo directo a lo indirecto, de lo analítico a lo sintético. Las reitera y las viste con las coloreadas imágenes que le dieron, por igual, el mar de su influencia y la altiplanicie de su madurez. Para él, los colores tienen ideas. De aquí procede el valor plástico que palpita en sus mejores páginas. Por otro lado Sierra se da por partes, por gradaciones. Cuando se precipita es que tiene ya la partida ganada. Entonces sonríe. Y sabe sonreír. Su pensamiento lo diluye en sus oraciones con acentos y modos diversos: lo exhuma, lo levanta, lo extiende, lo pliega, lo sacude y luego, como si lo aprisionara dócil, en la forma cabal que busca, lo muestra con ademán que tiene algo de teatro, como trofeo. Realiza así un doble juego de diálogos y de canto, de dialéctica y de conjuro. Sierra es, al mismo tiempo, maestro y jugador. Sabe que no basta convencer, que es preciso seducir. De otra manera no se explica su poder fascinante. Habla a la razón y al alma; demuestra y enamora. Es un apóstol por lo heroico y un mago por lo sugerente. Hay en su voz la claridad del actor y la penumbra del coro. Sierra conversa consigo mismo. De allí que todo lo suyo trasciende a sinceridad. El pensamiento de Sierra se goza como el de otros se sufre; por eso cuando no llega con la lógica, llega con el corazón.

Acaso se sintetice la obra de su pensamiento en el discurso pronunciado en la inauguración de la Universidad de México. Este trabajo es el que mejor representa su capacidad ordenadora. Su vuelo más amplio está, sin embargo, en su ensayo sobre la evolución del pueblo mexicano. En él hay un concierto de análisis y de síntesis de los más complejos hechos. Pero es en la biografía de Juárez donde logra los pasajes más enérgicos. En ellos proclama con fuerza su convicción, porque no defiende la verdad de un hombre, sino la verdad del hombre y en este trabajo se delinea a sí mismo. Delineándose, confrontándose, hizo el mejor elogio de su héroe, a quien no calificó, por cierto, de impasible sino de ardiente y amoroso.

En estos trabajos, mejor que en otros, se ve el desarrollo de su personalidad. En ellos está la expresión de su conciencia despierta y vigilante. En ellos está su pensar libre. Así era don Justo. Y para realizar su obra fue, como dijo Urueta, humilde y ejemplar. Reyes dijo: lo acompaña la gratitud de

su pueblo. Pero en el momento de su glorificación debemos ampliar la frase y decir: lo acompaña la gratitud del pueblo. Sierra, al lado de Lincoln, Martí, Sarmiento y Bello, representa una de las más lúcidas expresiones de la conciencia de América.